



DIRECTOR:
ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

ADMINISTRACIÓN:
CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 41, 1.º

...CON LA REBAJA

«... la opinión sensata vería con gusto que el actual Gobierno, modificado, pero siempre presidido por el señor general Azcárraga, continuara en el poder hasta dejar legalizada la situación económica.»

De este modo se expresa un periódico ministerial ministerial hasta cierto punto.

Si eso es lo que vería con gusto la opinión sensata, me acuso de insensato; yo no vería con gusto eso, ni aun con indiferencia; lo veré, si lo veo—como es probable—con muchísimo desagrado.

Y eso que el plazo concedido por el mencionado periódico a la presidencia del señor general Azcárraga no me parece excesivamente largo.

Para legalizar la situación económica poco tiempo se necesita; si fuese para normalizarla, ya sería otra cosa. Darle condiciones legales, ya lo sabemos todos, es, como suele decirse, cosa de coser y cantar. Se reanudan las tareas parlamentarias; el nuevo ministerio, si para entonces está modificado, como quieren algunos, ó el viejo, si no ha sufrido modificación, se presenta á los Cuerpos Colegisladores, les da cuenta de los acontecimientos que lo mismo senadores que diputados saben ya de memoria; una vez terminadas las manifestaciones del duelo oficial, el ministro de Hacienda, de gran uniforme, según es uso y costumbre para estos casos, sube á la tribuna y lee el proyecto de ley conducente á esa legalización; tres días después la situación económica está legalizada.

Y aquí da fin la vida ministerial del Gabinete presidido por Azcárraga.

Entiendan ustedes que este programa no es de mi invención; no se olvide esto; es lo que proponen los ministeriales mismos, aunque afirmando que es lo que verá con gusto la opinión sensata; opinión sensata de la cual ellos modestamente se consideran representantes.

Aun para existencia tan efímera, el diario ministe-

rial á que me refiero no quiere todo el ministerio; quiere que el Gobierno sea modificado, pero presidido siempre por el señor general Azcárraga.

Lo malo es que ni dice cuáles son los ministros que, en su concepto, deben ser reemplazados; ni da las razones que justificarían la continuación en la presidencia del señor general.

Yo del señor general, á quien no conozco, nada sé sino que es muy amigo de las órdenes religiosas y muy inclinado á todo lo que sea clericalismo. Y aun eso, para hablar sinceramente, sólo de oídas lo sé y no respondo de que sea exacto.

Verosímil y probable sí me lo parece.

Si los que eso afirman estuviesen en lo cierto, ¿quieren ustedes decirme si un señor general, con puntas y ribetes de beato, supeditado (siempre hablo en hipótesis) al jesuitismo, es el jefe indicado para una situación que ha de contrarrestar planes de carlistas?

No hablo con segunda intención; no, señor; ni aun con primera, si ustedes me apuran. Ninguna enemiga tengo contra el señor general, que hasta puede que sea muy buena persona; digo lo que siento y lo digo como lo siento.

¿Convenimos todos en que las circunstancias son difíciles? ¿Estamos de acuerdo en que hay planteados problemas muy graves, y cuyas soluciones urgen?

Pues digáseme con esta misma franqueza con que yo hablo, ¿qué pruebas ha dado el señor general y dónde las ha dado, de que es el hombre que ahora se necesita?

No faltarán quienes me pregunten: «¿Y qué razones tiene usted para afirmar que no lo es? Si no ha dado pruebas, porque no ha tenido ocasión de darlas, de que sea el hombre que España necesita, tampoco las ha dado de que no lo sea.

Probémoslo y lo veremos.»

¡Ca...nario! replicaré á los que eso digan; es que no estamos tan sobrados de tiempo que podamos perderlo en probaturas.

Eso de ensayar las funciones es bueno para el teatro, donde las gentes se mueren de mentirijillas, y des-

pués de haber fallecido, según arte, salen á recibir los aplausos de la concurrencia.

Cierto que el señor general, si no ha demostrado que vale para el caso, porque no ha tenido oportunidad para demostrarlo, tampoco ha demostrado que no vale, precisamente por lo mismo.

Pero aun sobre eso mismo habría algo que decir, caballeros. Al fin y al cabo no se trata de un militar novel, ni de un político joven. El señor general—dicho sea esto sin la más remota intención de mortificarlo, si aún presume de mozo—es entrado en años; ya lo creo, bastante entrado, y aun salido, si ustedes me aprietan un poco, y cuando hasta hoy no ha demostrado ser hombre de mucha fibra, de mucha energía, de grandes alientos para las grandes dificultades, es muy de temer que ya no lo demuestre.

Supeditado estuvo durante mucho tiempo á la jefatura de D. Antonio Cánovas.

Desde entonces acá han transcurrido algunas semanas. Pues bien, señores, dígame lo que el señor general ha hecho en este tiempo. ¿En qué se ha conocido que es hombre de arranques?

Si hay alguno que lo sepa, que levante el dedo.

Ya verán ustedes cómo no lo levanta nadie.

Ni Sagasta.

El Tío Paco.

En todas partes cuecen habas.

Voy á hablar de montes; pero no de Montes el torero ni de otros montes que me traerían aparejadas, con sólo referirme á ellos, las iras del Peña inconvertible de la calle Mayor.

Voy á hablar del Pirineo, del cual me han contado que se revolvió el otro día, levantó la cabeza, dejando libre el paso á D. Jaime, y si no á D. Jaime á otro cualquiera que hubiera querido aprovecharlo, y bariendo después la nieve que se había amontonado sobre sus ojos, miró á España con tanta curiosidad como pereza.

Y dicen que soltó la vena de su palabra y murmuró:

—«¿Qué rumor extraño, parecido al hervor de una olla, mezclado con crujidos de arneses y violentos resoplidos de fraile, me ha sacado del sueño secular á que me habían llevado el aburrimiento y las necedades de todos mis vecinos?

«Páreceme—continuó diciendo el Pirineo—que allá abajo hay gran barullo y se mueve febrilmente una muchedumbre enlutada. ¿Habrá duelo nacional entre los españoles?»

A este punto llegaba el coloso en sus meditaciones, cuando un arroyo que salía de su boca bullicioso y ligero, y con humos de Mississipi se deslizaba por sus barbas, le atajó gritando y esforzando su rumorosa voz para que los oídos del monstruo la percibieran:

—«¿Es posible, padre, que tu letargo haya sido tan profundo para que te halles ahora en tal ignorancia

que trueques así las cosas de ese país que me señalaste un día para mis correrías y excursiones? No está de luto esa muchedumbre que ves con ojos no muy bien despabilados; ni hay duelo nacional ni Cristo que lo fundó. No es esa muchedumbre de plañideros, sino gavilla de clérigos. No hay tal duelo nacional, porque el duelo nacional es hoy tan posible en España como el día en que te dormiste.

—¿Y acaso me dicen misas creyéndome cadáver cuando los curas se reúnen en mi falda?—contestó el Pirineo aceptando el diálogo para enterarse de lo que tanto le asombraba.

—No te las dicen, padre, que se las dicen ó quieren decirselas á la libertad.

Al oír esto, el Pirineo sacudió sus barbas, levantando un viento que derribó algunas casas é hizo huir despaavoridos á los habitantes de las laderas y clavó en su hijo la mirada con tanta fuerza escudriñadora, que el arroyuelo detuvo, espantado, el curso de sus aguas.

—Dime—rugió el monte.—¿Qué has dicho de libertad? Cuando yo cerré los ojos no se hablaba de semejante cosa; pero yo, como obra de Dios, y obra inmensa, y como observador mudo y perenne de los hombres, tenía la intuición del perfeccionamiento de la humanidad. ¿Se han perfeccionado, pues, las naciones? ¿Son libres esos?—y nos señalaba con el dedo.—Pues cómo, si hay libertad y está asentada, ¿viven todavía estos alborotadores lúgubres?

El arroyuelo no pudo contestar; tal miedo le habían producido los ademanes descompuestos de su augusto padre.

Este, no hallando contestación á sus preguntas, alzó los ojos y estuvo largo rato paseando la imponente mirada de un extremo á otro de la Península.

—Veo—dijo—que de muchas casas de pobres labradores, de ciudadanos abandonados de la suerte, salen, arrancados por la fuerza, los hijos robustos y jóvenes de los padres viejos y desvalidos, los padres mozos de hijos impúberes, los esposos amantes de amantes esposas. ¿Adónde los llevan? ¡Ah! ya veo más. Los embarcan. Van á defender á su patria. Muy bien. Pedazos, al fin, de la hidalga Iberia. Pero ¿quién deja libres á aquellos jóvenes también y también robustos que veo pasar y gozar de mil placeres? ¿Son superiores á éstos? Serán nobles.

¿Qué le sucede á ese pueblo y qué germen de discordia se ha metido en aquel otro? Y en el de más allá, ¿qué pasa? Y todos los que veo desbordados y frenéticos, ¿qué quieren? Bien lo dicen, á mi entender, los rostros demacrados de tantos hombres haraposos. Tienen hambre. ¿Está arruinado el país? Pues ¿qué magnificencias veo allá lejos, y qué dorados son aquellos, y aquel deslumbrar de piedras preciosas y aquel brillar de admirables sedas? ¿Son nobles?

—¿Qué tumulto es aquel? ¿Encarcelan á uno?

—Es un escritor—murmuró al oír la pregunta el arroyuelo, ya repuesto.

—¡Ah! ¿Encarcelan á los escritores? ¿Por qué?

—Dicen que por atacar á los que mandan.

—Y ¿le privan de libertad por decir quizá que aquellos hambrientos debieran comer y aquellos ahitos no hartarse; que aquellos desocupados debieran guerrear como aquellos pobres y que los gobernantes que no lo procuran obran mal? ¿Y que hay libertad decías? ¿Y estos de abajo son sus enemigos? ¿Pues no mandan éstos? ¿Qué van á derribar si su oficio es mantener lo existente?

No dijo más el Pirineo. Cerró los ojos lentamente, volvió á descansar en el suelo su cabeza y se durmió arrullado por los vtores con que saludaba el pueblo republicano á su jefe que volvía de respirar el ambiente tiránico de San Petersburgo.

A no dormirse tan pronto el Pirineo, creo que hubiera mirado atrás y hubiera exclamado tristemente: ¡En todas partes cuecen habas!

Félix de Roncesvalles.

Romancerillo de burlas.

LA DESPEDIDA

Ya se parte el Atanasio,
ya se parte, ya se va,
que le dió las dimisorias
el duque de Tetuán,
con unos modos muy malos
y un coramvobis fatal,
porque el duque no respeta
servicios, sexo ni edad;
y un día, si se incomoda
(que se suele incomodar),
despide al *povero Emilio*,
al ilustre *ex-comensal*,
y otro día, sin fijarse,
dicen que *despachará*
tan tranquilo á Castellano,
¡criatura angelical!
¡y qué desmejoradito
quedándosenos está!
Las lágrimas que Atanasio
vertía, triste, al marchar,
corrían por sus mejillas
como un amargo raudal.
El buen Morlesín lloraba
sin poderlo remediar,
y él que ya de suyo tiene
muy congojosa la faz,
parecía un Cristo, de esos
que ahora suelen *atizar*
los pintores, con levita
y en medio del *boulevard*.
Las palabras que dijera
Morlesín ya en el umbral,
*si usledes paciencia tienen
al punto las oirán.*

—Adiós, señor don Marcelo,
reverendo general,
como á mí me han arrojado,
á vucencia arrojarán.

Ese hombre es un basilisco,
ese hombre es un Fierabrás;
si usted no sabe tenerse
tieso con él, *se caerá*.
¡Qué duque, válgame el cielo!
No me hizo *el otro* sudar
en diez años lo que el duque
me ha hecho en San Sebastián.
¡Ojo, señor don Marcelo,
mucho ojo, mi general!
—Adiós, señor de Navarro-
rreverter, adiós don Juan;
las cosas de Torreveja
ya las puede usted arreglar
con prisa, que si no, aquí,
no sé lo que va á pasar.
Haga usted el arreglo pronto,
muy pronto, que esto se va,
y si se va para usted
para *el Fortecin* aun más.
Yo siempre he sido de usted
el amigo más leal;
ya sé que anda usted en tratos
con el propio Satanás,
quiero decir, con el duque,
conque... usted se arreglará.
—Adiós, señor de Beránger,
¡qué demonio! hay que cuidar
esa salud, no achicarse
por barco menos ó más.
Si dicen *perronerías*
de usted, más vale callar.
Ya sabe que yo le estimo
aunque nada valgo ya.
—Adiós, don Fernando, adiós;
¿qué, se viene usted? No tal;
ese geniazo hace falta
enfrente de Tetuán;
si usted no puede con él,
á todos los tragará.
—Adiós, buen don Aureliano;
ya sabe usted: apretar
al duque cuanto se pueda,
y si hay que andar á *guantás*,
aunque yo esté retirado
ya me puede usted llamar.
—Adiós, pequeños. La pena
no puedo resistir ya.
¡Valdosera y Castellano!
Tanto tiempo de jugar
con ellos, y de comprarles
chufas y almendras *tostás*
y de callarme si hacían
alguna barbaridad...
Francamente, esas son cosas
que yo no puedo olvidar.
Adiós, chiquitines míos;
divertíos, retozad,
que dentro de pocos días
una puntera os darán
en salva sea la parte,
lo cual que os escocera.
De lo que tras de mí queda
poco habréis de aprovechar.—
Esto Morlesín decía,

y al salir por el portal
se sacudió los zapatos
y ahuecó como un barbián.

Mingo Revulgo.

La estatua del poeta.

Martín Escalada trajo al mundo tierna el alma, flaca la voluntad y viva la imaginación, y, respondiendo á su temperamento, amó con exceso permitiéndose además el lujo de escribir versos: dos cosas dañosas que quitan el sueño ó que arruinan el juicio.

Al contrario de lo que les sucede á muchos danzantes intelectuales, puso entusiasmo en sus pasiones, y no bien le miraron lánguidamente unos ojos negros, pertenecientes á una cara muy guapa de mujer, perdió el discurso y con él su soltería.

Ella gustó de los versos de Martín durante una temporada, que supongo no se alargaría más allá de la luna de miel. Después se aficionó más al dinero que á las coplas, y dijo á su marido que las musas son unas pordioseras, pues mantienen á casi todos sus sacerdotes con imágenes y pensamientos; manjares de poca sustancia para vivir como Dios manda.

Escalada, que era sufrido, le concedió la razón, y apuntan sus biógrafos que desde aquel día memorable su costilla lo trató mal, se condujo peor y no dejó en paz á las nueve vírgenes griegas siempre que venía á cuento, lo cual ocurría á diario.

Los resquemores domésticos le forzaron á componer cientos de poesías (á emborracharse con tinta), y en las más encareció hiperbólicamente el amor de la mujer legítima, las dulzuras del hogar, la tranquilidad del que cuenta con un alma hermana de la suya; todo lo que deseaba salía de su imaginación perfecto en la forma y en el fondo. Le sucedió lo que á cierto ingenio alemán: nunca había el tal comido trufas, y una vez las digirió inspiradamente en un poema bucólico.

También celebró el querer de los hijos, y cuenta que tuvo uno contrario á las máximas de la buena caballería; mejor dicho, á las acciones ideales que corrigen la condición miserable del hombre.

Murió de viejo Martín Escalada, que era literato y las penas las traducía en *material* estético, y como discurrió conceptos que no entendían sus contemporáneos, le enterraron sin retórica. Nadie cuidó de elogiarle en quejumbrosos sonetos, ni la elocuencia puso en juego los adjetivos fúnebres. Se fué al cementerio á la sordina, con el anónimo propio de un don Nadie sin fortuna.

Cien años después de lo narrado, un erudito dotado de claro entendimiento, *rara avis*, estudió las obras del poeta desventurado, y deseando honrarle propuso á un ricacho que le costeara una estatua.

Mi hombre disponía de muchísimas piezas de cobre falsas, y entre perderlas ó fundirlas, que de nada le servían, optó cuerdate por lo segundo. Las piezas falsas se convirtieron en gallardo monumento, y lo que fué un signo de engaño se trocó en símbolo de algo más duradero que la sociedad: en ideas quedaron convertidas.

Con música descubrieron la estatua de Escalada; un ministro que sólo leía los periódicos, y eso al ponerle en las nubes, ensalzó á los versos inmortales del ilustre vate; el ricacho cosechó abundantes apretones de manos, le apellidaron Mecenas, y aun se susurra que el Gobierno pagó su desprendimiento procurándole un negocio lucrativo, y en cuanto al erudito, no le estimó

nadie su diligencia, enderezada á perpetuar la gloria de Escalada.

Cumplida la misión de aquellos señorones, que acababan de desenterrar inconscientemente la memoria de un talento extraordinario, acertó á sentarse un albañil junto al lugar que ocupaba la estatua, y sin emplear ningún *requisito*, engulló con buen diente escasa pitanza. A poco llegaron su mujer y su hija, y tanto rieron los tres viendo los esfuerzos que hacía la chiquilla para trepar á sus rodillas, y ésta de mirarlos contentos, que D. Martín Escalada descendió de su trono formado con mármoles, y desperezándose de puro aburrido, exclamó encarándose con el menestral:

—De consentirlo su merced, puede encaramarse á ese pedestal, que en él topará con la gloria nada menos. Si tal hace, ocuparé su puesto temporalmente, y le ofrezco además cuidar de los suyos con amor. Necesito disfrutar de la estimación de una familia, pues si la tuve en vida, amargó mis dichas enanas y me puso en ridículo. Yo escribí versos, y tú haces más: los grabas, sin saberlo, en dos corazones sanos. Ten lástima y permíte que el genio sea jornalero durante unos días.

El artesano acarició á su hija, y después de andarse con las manos en la cabeza como el que medita, replicó al poeta:

—No entiendo de palabras finas; pero según deduzco, los suyos fueron muy perros y le hicieron pasar las de Cain en fuerza de darle mal pago. Estimo la atención y no la admito. Déjeme simple obrero, que bien vale una estatua el estar contento; y márchese á su casa, que la mía, aun siendo pobre, la habitan seres unidos por el afecto. Como si lo tengo, y no acordándome de la posteridad, duermo á pierna suelta; no me desvelan los juicios del vecino; y aguardo tranquilo el fin de la comedia de mi vida. Tengo lo que necesito: buen humor, una condición resignada y fuerzas físicas que me permiten trabajar.

—Pero no tienes una estatua—le objetó Escalada amostazado—ni ha encomiado tus versos un señor conserjero sin haberlos leído.

—Ni me hace falta—añadió su interlocutor, el cual le volvió la espalda riéndose á mandíbula suelta.

Colocóse Escalada de mala gana en su puesto de gloria, y mirando al cielo dijo alzando la voz:

—«Señor, al nacer tendió sobre mi alma su manto la melancolía; he sido veraz; en el dolor hallé consuelos inefables; la inspiración me concedió sus dones sagrados; pero no fui albañil. De volver á la tierra, no escribiría versos, y de fijo que me iría divinamente.»

E. Alonso Orera.

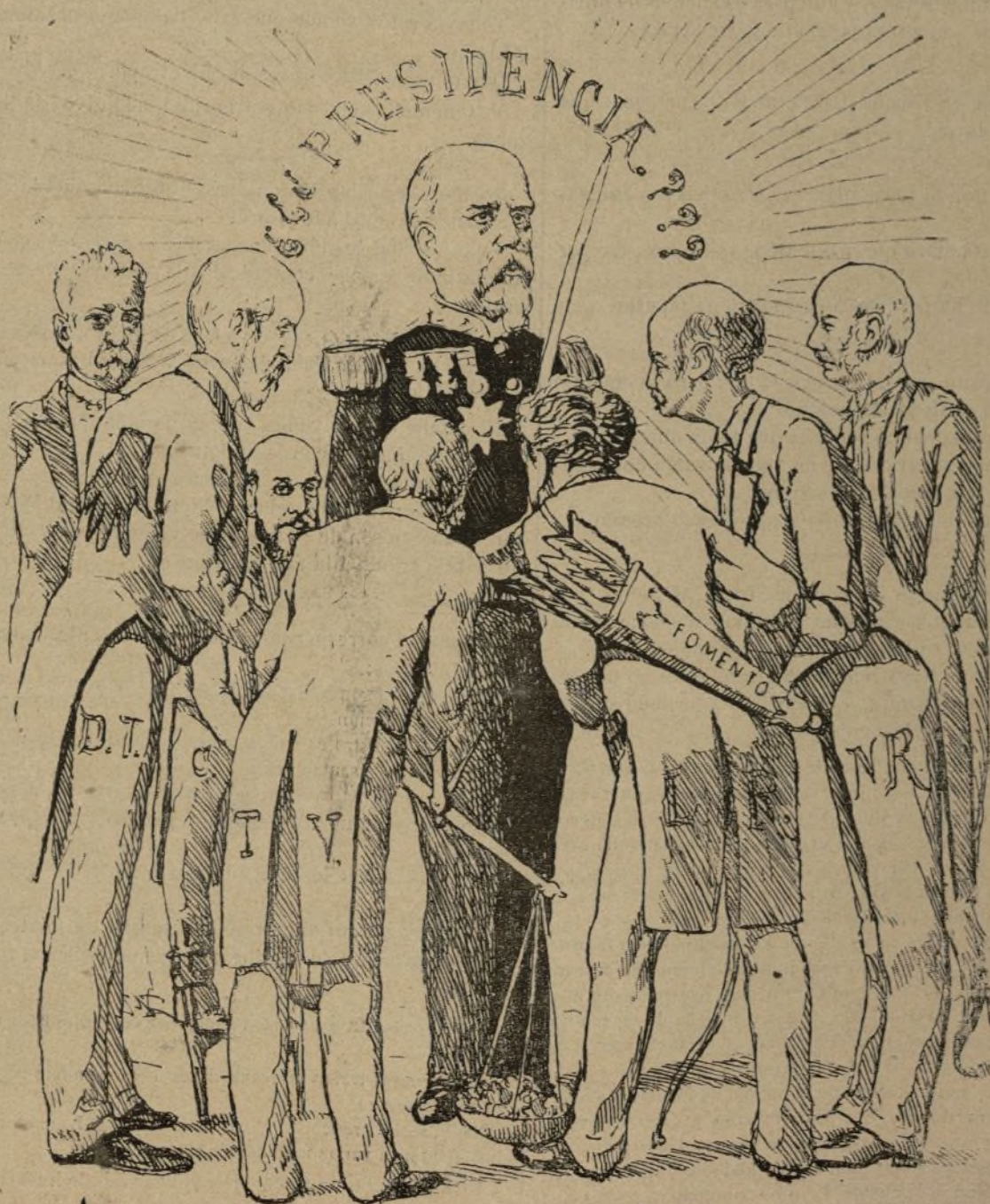
CUATRO FRESCAS

Alonso de Beraza, uno de los muy contados periodistas españoles que mantienen buenas relaciones con las pesetas, y bien sabe Dios que me alegro por él, ha publicado en *El Liberal* un artículo de cuya lectura se deduce que un duro nuestro, vamos, quiero decir, un duro español (aunque no sea precisamente nuestro, sino cuyo sea), no vale cinco pesetas, como todos creemos sino dos, y aun no completas, pues para valer dos le falta cosa de un *perro chico*.

El artículo es interesante y curioso, pero desconocido.

♦♦

La comedia política.



Artigas

I

PARA LA GALERIA

Atenta y humildemente
escuchan al presidente.

(La conclusión mañana.)

Tiene usted, pongo por ejemplo, mil duros—ya sé que la hipótesis es atrevida; pero pase,—y se cree usted poseedor de cinco mil pesetas.

Pues cree usted mal; aquellos mil duros valen solamente dos mil pesetas... y aun para eso hemos de prescindir de una numerosa jauría de perros chicos.

* *

A bien que en España habrá tan pocas personas que tengan mil duros!

* *

Pero, en fin, de todas maneras la noticia es desagradable.

Porque está claro que nadie tiene mil duros, eso por de contado.

Pero nadie ha perdido la esperanza de tenerlos.

* *

Y á propósito, ¿se sabe ya en lo que paró lo del testamento del cardenal Monescillo?

Aquel eminentísimo señor sí que tenía duros.

Y no serían seguramente de los que valen dos pesetas escasas por barba, es decir, por duro.

Porque los tendría en oro. Y esos tienen premio.

=====

Ya no es ministro Sánchez de Toca, al menos por ahora, porque si las cosas no cambian mucho (como es muy probable, casi seguro) va en camino de serlo.

De que no lo haya sido se alegra muchísimo un diario *sánchezdetoquista*, que hace poco escribió, con tan plausible motivo, lo siguiente:

«El pueblo de Madrid está de enhorabuena con que no se haya planteado la crisis; pues así quedará por algún tiempo rigiendo la casa de la Villa el Sr. Sánchez de Toca, pudiendo en el interregno hasta la crisis reorganizar aquella casa, regularizando los complicados servicios municipales, por más que ya es otra la vida de la Corporación desde que viene rigiéndola el actual alcalde presidente.

El arriendo de las zonas y el de los consumos son la principal base de la vida municipal; indudablemente ha de cambiar el crédito del Ayuntamiento, y para dentro de dos años el desahogo de casa del común de vecinos ha de ser tan notorio, que permitirá emprender obras que transformen la capital poniéndola al nivel de las primeras de Europa.

Pues esas mejoras las debe el pueblo de Madrid á su digno alcalde presidente, que para llevarlas á cabo ha tenido que vencer muchos obstáculos, destruir muchas preocupaciones, desenmascarar muchas habilidades hipócritas, tomándose sendos disgustos. Pero ha triunfado en todo.»

¡Desdichado pueblo de Madrid! No solamente lo condenan á pasar hambre y sed y frío con el encarecimiento seguro, inevitable, de los artículos de comer, beber y arder, sino que le obligan á escuchar ese *trá-gala*, cien veces peor que aquellos gritos... ¡Vivan las caenas! ¡Muera la Nación!! conque los aduladores serviles y la gentuza *lacayesca* de Fernando VII insultó á los liberales hace poco menos de un siglo.

* *

Si es verdad, como ha dicho un poeta, que

«el verdadero amor, si es verdadero,
besa, al morir, la mano que lo hiere...»

no podrá dudar el alcalde de que es verdadero el amor del vecino de Madrid que dice de él esas lindezas.

Todavía estoy viendo que van á componer un himno á Limón.

Que el mejor día nos resulta filántropo.

Y tenemos que nombrarle hijo adoptivo de las zonas.

=====

Ya llegó, en buen hora venga, el tan acreditado diplomático general Woodford.

Vean ustedes los términos en que el corresponsal de un diario de anoche comunicaba la noticia por telégrafo:

«*San Sebastián 1 (3, 19 t.)*.—Acaba de llegar el nuevo ministro de los Estados Unidos, general Woodford, acompañado de su familia.»

El detalle de que venga con la familia parece que nada tiene que ver con la diplomacia.

Pues, sin embargo, es significativo.

Quiere decir, evidentemente, que el general Woodford viene en són de paz; porque viniendo de guerra, no habría traído á la familia. Digo yo.

* *

Y sigue el corresponsal dando las siguientes interesantes noticias:

«En esta estación le esperaba Mr. Taylor con todo el personal de la legación.

El nuevo ministro es bajo y grueso, usa patillas blancas y aparenta tener sesenta años.»

Lo aparenta nada más; pero vayan ustedes á saber qué edad tiene un caballero bajo, grueso y con patillas blancas.

De esas señas los hay de cuarenta y de ochenta años.

Hombre, y á mí que se me figura que esos datos no son precisamente de interés para las negociaciones.

* *

Y no se limita á eso la noticia del corresponsal, dice también:

«Las señoras traían ramos de flores que les habían regalado en la frontera.

Nadie se ha preocupado aquí de la llegada. Las autoridades adoptaron varias medidas de precaución.»

Está perfectamente eso de explicar dónde habían regalado los ramos á las señoras.

En la frontera.

Cualquiera podía pensar otra cosa... y calculen ustedes, ¡qué desavío!

* *

Eso de que *nadie* se preocupó con la llegada del general, y lo de que las autoridades tomaron precauciones, significa que para el corresponsal las autoridades no son nadie.

¿Será un demagogo?

* *

Final del telegrama:

«Algunos diplomáticos españoles estaban en el andén mezclados con algunos curiosos.»

Algunos diplomáticos mezclados con algunos curiosos; algunos habrá que no comprendan esta mezcla.

Pero es indudable que esos diplomáticos fueron demasiado modesto.

Mire usted que mezclarse con los simples curiosos, siendo diplomáticos.

Eso sí que esdemocracia y tal.

No la de D. Carlos.

La loca fortuna.

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

Juan y Pedro eran amigos, muy amigos.

Ambos habían estudiado la misma carrera; excusado es decir que la de leyes.

Juan era rico y torpe, cualidades que la mayor parte de las veces suelen juntarse en un mismo individuo.

Pedro, por el contrario, sin ser del todo pobre, podía llamárselo así al lado de su amigo, y era listo, mucho.

Al primero le aprobaron las asignaturas las recomendaciones; al segundo el estudio y la justicia.

Se licenciaron al mismo tiempo, separándose entonces para seguir caminos y rumbos distintos.

Pedro ejerció su carrera con brillantez y aprovechamiento, aunque sin gloria.

Juan, por el contrario, se halló con un título en las manos que para nada le servía; puesto que, por incapacidad, no podía hacerlo valer, porque nadie se hubiera atrevido a confiarle sus asuntos.

Poco ó nada logró preocuparle su insuficiencia, que para comer y comer bien no necesitaba de la carrera ni faltábanle tampoco buenas alabas para llamar de recio á ciertas puertas.

Rayo de luz ó consejo de persona amiga le lanzó á la política, y se hizo político.

Se afilió á un partido; tenía dinero; en su casa se comía bien, y no tardó en tener su círculo de aduladores, que por todas partes esparcían sus ocurrencias, no siempre felices.

En fuerza de repetir los amigos su nombre, el nombre de Juan fué conocido en todos los sitios donde esto convenía.

El jefe llegó á fijarse en él y á admitirle en sus tertulias íntimas.

No tardó en salir diputado por una provincia, que quizá ni aun de nombre conocía, pues no faltaba quien asegurase que la mamá no sabía de qué color tenía los ojos Juan.

Dos ó tres veces habló en el Congreso. No dijo nada, pero su prestigio hizo creer á muchos que había dicho grandes cosas.

No faltaron personas que le hicieran justicia, declarándole la nulidad más grande del siglo en que las luces brillan en determinados lugares dejando otros á oscuras.

Subió al poder su partido y él subió también; fué ministro, y sus torpezas, lejos de disminuir, aumentaron.

La prensa gritó un poco contra la injusticia que se cometía admitiendo á un hombre así en el ministerio; pero en breve surgió uno de esos sucesos que conmue-

ven tanto á la opinión, y la prensa periódica cesó en sus ataques por tener que dedicarse á averiguar todos los detalles del hecho objeto de la atención pública.

No hay país en el mundo como España para estas cosas. Cuando más interesada parece estar en un acontecimiento, un crimen, por ejemplo, se la ve preocuparse en el asunto más insignificante.

Juan quedó tranquilo. Nadie volvió á ocuparse de él, por lo que pudo, ya en perfecta libertad, dedicarse á la gobernación de su departamento como Dios y sus cortos alcances le dieron á entender.

¿Y Pedro? Pedro en tanto, ignorado de todos, con la modestia propia del genio, huía de las pompas vanas del mundo, permaneciendo la mayor parte del tiempo encerrado en aquel rincón de su biblioteca, donde millares de libros le daban lo que no podía darle el mundo: la ciencia y los conocimientos que ambicionaba poseer, sin que la suerte premiara sus merecimientos, pues cuanto más brillaba Juan, más y más se obscurecía Pedro.

Juan, lejos de prestar alguna utilidad, fué funesto á su patria; Pedro, en cambio, escribió libros de reconocida utilidad.

La fortuna, como siempre loca, sonrió al uno, volviendo la espalda al otro.

Ambos salieron de las mismas aulas y las mismas asignaturas estudiaron.

A ninguno de los dos les hizo justicia su época.

¿Se la hará algún día la Historia?

¡Quién sabe!

Rogelio Maestre

Pasatiempo.

(PARA LOS AFICIONADOS)

CHARADA EN ACCIÓN



La solución, cualquier día de éstos.

Solución á la fraso hecha de ayer: *Tomar el pelo.*

..

NOTA. No olviden los aficionados á estas investigaciones científicas la advertencia publicada en el número primero.

ADVERTENCIA

Se suplica á nuestros corresponsales y suscriptores se fijen en la sección *Correspondencia administrativa.*

V. VELA, Impresor, Conchas, 4, Madrid.

ESPECTÁCULOS

PRINCIPE ALFONSO. — 9. — La Venus negra.—Agua, azucarillos y aguardiente.—Fotografías animadas.—De vuelta del Vivero.
 ELDORADO.—9.—El cabo Baqueta.—El cocinero de S. M.—Plan de ataque.—El pobre diablo.
 TEATRO Y JARDINES DEL BUEN RETIRO.—9.—1.ª Función extraordinaria.—(Día de moda).—Carmen.

Intermedios en el Jardín por la banda del Hospicio.

Entrada, una peseta.

CIRCO DE PARISH — 9 — Debut del profesor Bell con sus anidióvichiplasticromomimomachigraph.—Debut de los gimnastas hermanos Durbals.—Debut de los excéntricos Os-Moderatos.—La troupe Nelson, los Luipolds y «La Cenicienta».

Balneario de San Felipe Neri

HILERAS, 4, MADRID

Aplicación del agua á todas temperaturas y formas. Espaciosos y elegantes gabinetes para los baños de agua, así de limpieza y recreo, como para los minero-medicinales de todas clases, particularmente los SULFUROSOS, primer establecimiento que los ha administrado en Madrid. — SALÓN HIDROTERAPICO, con los más modernos aparatos para la administración de toda clase de DUCHAS.—BAÑOS RUSOS simples y compuestos.

Servicio permanente á domicilio.

PARA encuadernaciones, estampaciones y libros rayados
 A PRECIO FIJO

LA CASA

EDUARDO GARCÍA Y GARCÍA

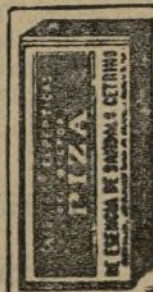
5, Caños, 5, Madrid.

EL PROCURADOR YERBABUENA (*Reverso de una medalla*). Novela escrita por el Conde de las Navas, é ilustrada por los Sres. Gili y Roig.—Volumen décimo de la colección elzevir ilustrada.—2 pesetas.

BIARRITZ Y SUS CERCANIAS, por P. Millán.—4 pesetas.

POESIAS de M. Morera y Galicia, con prólogo de Valbuena.—Séptimo volumen de la colección *Elzevir* ilustrada. Ilustración de Gili y Roig.—Precio, 2 pesetas.

LUCHA EXTRAÑA, novela originalísima de Luis López Ballesteros.—3 pesetas.



PARA ENFERMEDADES URINARIAS

SÁNDALO PIZÁ
 MIL PESETAS

al que presenta CÁPSULAS de SÁNDALO mejores que las del Dr. Pizá de Barcelona, y que curan mas pronto y radicalmente todas las ENFERMEDADES URINARIAS. Premiado con medallas de oro en la Exposición de Barcelona, 1888 y Gran Concurso de París, 1889. Dos y ocho años de tal éxito creciente. Únicas aprobadas y recomendadas por las Academias de Barcelona y Mallorca; varias corporaciones científicas y reconocidas por el Gobierno. Farmacia del Dr. Pizá, Plaza del Pino 26 Barcelona. y principales de España y América. Se remiten por correo anticipando su valor.

PEDIDO SÁNDALO PIZÁ DESCONFÍAD DE IMITACIONES

EL TÍO PACO

DIARIO HUMORÍSTICO CON CARICATURAS

ADMINISTRACIÓN: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 41, 1.º MADRID

Este diario, *único en España en su clase*, se publicará todos los días menos los domingos.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION

En Madrid, un mes.	1	peseta.
En provincias, trimestre.	4	»
En Ultramar, un año	30	»
En Portugal, trimestre.	6	»
En el Extranjero, un año.	25	»

VENTA.—A corresponsales y vendedores, *veinticinco números*, 75 céntimos.

Número del día, *cinco céntimos*.—Número atrasado, *quince céntimos*.

ANUNCIOS á precios convencionales.

PAGO ADELANTADO